

colección rúbrica



JACOBO J. OTERO MORAÑA



BRUMAS OCTAVIANAS

esstudio  
ediciones

# PARTE I





# DIARIO DE CASIO

## EL ORIGEN DEL MAL

*(anno 760 ab urbe condita)*

Muy a mi pesar, creo que al final la Historia me tenía reservado un hueco. Posiblemente, no el que yo habría deseado, pero, a fin de cuentas, ¿qué puede decidir sobre tales avatares un mísero mortal como este que les habla? ¿Acaso no son los dioses quienes disponen cuándo venimos a este mundo, cómo hemos de vivir y cuándo nos toca marcharnos?

He podido escuchar a otros hombres, a buen seguro más sabios que yo, departir largo y tendido sobre tales cuestiones, y aunque no siempre me invitaron a participar en sus pláticas —sin duda dando por hecho que mi condición de legionario deja poco espacio a la filosofía—, lo cierto es que podría haberles dado una lección práctica sobre tal asunto. No es mi intención denigrar a nadie, ni tampoco presumir de poseer dotes ocultas que me permitan dominar artes tan doctas como la dialéctica y la retórica. De haberme propuesto alcanzar una alta magistratura que acabara por llevarme al Senado, hace tiempo que debería estar buscando apoyos entre posibles «clientes». Pero mi carrera siempre ha discurrido entre campamentos militares y hombres de armas. Junto a ellos aprendí todo lo que sé, y precisamente por ello, sigo vivo cuando muchos de mis mentores hace ya tiempo que partieron de este mundo.

Cada uno merecería un comentario específico, y a lo largo de este diario los traeré de vuelta a una existencia que en la mayoría de las ocasiones perdieron antes de dar todo su fruto. En circunstancias normales achacaría sus muertes a conspiraciones o envidias —y sin duda será eso lo que cuenten los cronistas oficiales—. Pero yo conozco otra verdad. Una, tan carente de lógica, que rechazaría de plano sin dudarlo un instante de no haber vivido en primera persona demasiados sucesos que escapan a toda explicación.

Nunca he sido hombre supersticioso. Quede claro de antemano que no creo en augures ni pitonisas; y hasta debo admitir que me cuesta mucho aceptar

la existencia de ese panteón de supuestas divinidades que no solo hemos heredado de griegos y etruscos, sino de otros territorios en donde hoy campan nuestras águilas imperiales.

A la vez que dejo esto por escrito, has de saber, querido hijo, que no temo correr la misma suerte que en su día padeció el maestro Sócrates, ya que, si bien es cierto que se me podrá acusar de muchas cosas, la impiedad no es una de ellas.

Precisamente porque no soy impío, me hallo en ciernes de cometer un acto que, según quien lo juzgue, puede considerarse cruel o liberador. En mi caso, tengo muy claro cuál es la fuerza que guía mi brazo, pero dado que disto mucho de ser neutral en dicho asunto, sin duda se escucharán de inmediato las voces de aquellos que me consideren un traidor.

Lo anuncio a viva voz para que nadie se llame a engaños. Por más que se me considere un tiranicida al más puro estilo de aquellos conjurados que dieron muerte a Cayo Julio César, ninguno de los avatares de la actual situación puede equipararse a dicho suceso. Aquí no están en juego tan magnas cuestiones como restaurar la monarquía o salvar nuestra amada República, sino la de poner fin a una aberración. Ciertamente dicho ser no es consciente de su crueldad, y de la misma manera, en ningún momento pretendió convertirse en lo que es. Pero, por desgracia para su persona y aquellos que le rodeamos, el mal tiene maneras muy peculiares de abrirse camino. Y cuando nadie se lo espera, reaparece con mayor intensidad si es posible.

Esta es la tesitura ante la que me encuentro, y parece que los hados, el destino o esos caprichosos dioses que antes mencionaba con desdén han decidido que sea mi mano quien ponga fin al horror. Me llamo Casio Quera. En su día fui un joven Optio de caballería en la Legio XVII, si bien hoy tengo el grado de Tribuno en la guardia de palacio. En mis manos está la vida de aquel a quien ya no puedo llamar de otra manera que «el monstruo», y ello con independencia de que habite el cuerpo del emperador Cayo César Augusto Germánico. El mismo niño al que en su día nosotros dimos el cariñoso sobrenombre de Calígula, y que estaba llamado a ser digno sucesor de su muy querido (y llorado) padre, a cuyas órdenes tuve la fortuna de combatir. Pero de ese niño ya no queda nada, ni siquiera la carcasa que le hace pasar por humano, aunque ya hace tiempo que no lo es.

Hoy se consumará el último acto de una tragedia que nunca debió suceder y que tuvo su origen mucho tiempo atrás. Puede que en base a todos esos

imponderables que nos rodean, el plan tan largamente pergeñado en mi mente fracase en el último momento. Y aún en caso de tener éxito, suponga el trágico final de todos aquellos que deberemos llevarlo a cabo. Pero mi conciencia me impide seguir mirando hacia otro lado, por más que en su día no fui quien de dar mi consentimiento ante quien ya me advirtió de lo que se nos venía encima. Estos últimos años han sido terribles, sin duda, los peores desde que se registran anales sobre nuestra cultura. Por todo ello, considero deber y obligación hacer lo que hago. Y de la misma manera, dejar por escrito los motivos de dicho proceder.

Serán las generaciones venideras quienes dictaminen si hicimos lo correcto. Por mi parte, no me cabe la menor duda. Y precisamente por ello, quiero contarte, hijo mío, cómo empezó todo.

Antes de nada, entiendo el desconcierto que pueda causarte como lector la fecha del encabezamiento. Soy plenamente consciente de que vivimos en el año 794, si bien es en ese 760 al que me refiero, donde debemos situarnos para empezar a comprender el origen de tan terribles sucesos.

Por aquel entonces yo solo era un joven mancebo que hacía poco acababa de alcanzar la edad púber. Al ser de familia pudiente y miembro de los *équites*, accedí a la milicia con ciertas garantías, esas que las malas lenguas no dudarán en llamar privilegios, si bien cada cual puede denominarlo como mejor le plazca. Llevaba ya dos años sirviendo en las legiones del general Publio Quintilio Varo, y junto a él conocí el fragor del combate cuando se le encargó sofocar una revuelta en la región de Panonia.

Puedo decir, sin que el menor atisbo de vergüenza acuda a mi boca, que por mucha instrucción que se haya recibido, nada nos prepara para lo que ocurre en el campo de batalla hasta que esta se desencadena. Es en esos momentos, en los que toca avanzar hacia el enemigo y escuchar sus gritos en los que llegas a percibir el calor de su aliento justo antes de que se crucen los hierros, cuando un hombre ha de demostrar realmente que lo es, o si la virilidad solo se le presupone. En mi caso, no podía saber de ninguna de las maneras cuál iba a ser la reacción que guiase mis pasos. Pero antes de que pudiera reflexionar demasiado sobre el particular, me vi rodeado por gente de armas, fueran propios o extraños, dispuestos a no concederse cuartel. Y ahí se despegó cualquier duda.

No solo me convertí en uno más, sino que mi actuación fue destacada tanto a la hora de luchar como de dirigir de manera ordenada a mis compañeros. Tanto es así que, al atardecer de aquella jornada, sin tiempo aún de limpiar la sangre reseca que impregnaba mi rostro, procedente en su mayor parte de las heridas mortales de aquellos enemigos a quienes abatí, fui llamado a presencia del Pretor.

Como bien puedes imaginar, hijo mío, nunca hubiera creído ser merecedor de semejante privilegio, así que, a pesar de que el ardor guerrero aún impregnaba mi espíritu, al cruzar el umbral de la tienda donde se hallaba el cuartel de nuestro jefe supremo, fue inevitable que mis rodillas flaquearan presa de un repentino temor.

Publio Quintilio Varo no pareció darse cuenta de esa desazón que me taladraba las entrañas, pero aún en caso de que fuera consciente de ello, no lo demostró en ningún momento.

Por aquel entonces, lo único que yo sabía a cerca de nuestro caudillo era lo que había referido mi padre, a quien, por cierto, nunca le había resultado especialmente simpático (por extraño que pueda parecerse).

La nuestra era una familia profundamente comprometida con Cayo Julio César Octavio (te hablo de un tiempo en el que aún no había recibido el título de «Augusto»), mientras que el hombre ante el que me encontraba ahora fue seguidor de un Marco Antonio capaz de pasarse al enemigo deslumbrado por las artes amatorias de la reina egipcia. Y, sin embargo, una boda de conveniencia, sumada a su buen hacer como gobernador en Siria, le habían aupado a la posición que hoy ostentaba.

Pese a ello, mi progenitor no desaprovechó la mínima oportunidad para tacharle de ambicioso y usurero. Su victoria aplastante frente a la sedición judía no ocultaba el rumor de que Varo había llegado pobre a una provincia rica para dejarla en la miseria mientras que su patrimonio no hizo otra cosa que incrementarse. Bien es sabido que los periodos en colonias se entendían como una compensación al magistrado cuyo fin no era otro que restablecer sus finanzas tras un periodo de grandes inversiones públicas. Pero hasta esa connivencia oficial con dicha práctica tenía unos límites que al Pretor no le preocupaba conocer, por no decir que parecía más que dispuesto a sobrepasar. Solo después de una conversación que mantuve con él al cabo de un año, pude empezar a hacerme una idea sobre su particular forma de concebir la administración. Y es que, para él, un castigo que supusiera la muerte no siempre servía de

escarmiento, bien porque el reo no tenía nada que perder o porque creía en una de esas doctrinas que se centran en la metempsícosis. Tampoco las multas pecuniarias fijas eran efectivas, y como ejemplo se citaba al poderoso hacendado que se paseaba por el foro repartiendo bofetadas mientras que a su vera un siervo de confianza pagaba instantáneamente el «as» que dicha pena llevaba aparejada. Por contra, la presión tributaria sí conducía al sometimiento de los pueblos, manteniéndoles en un estado continuo de zozobra ante el recaudador. Ese miedo a verse de manera perenne en la miseria y con el hambre atenuando a su prole no había espada que lo igualase. Mucho menos, superarlo.

Sea como fuere, no seré yo quien le juzgue. Ni por eso, ni por la endémica falta de valor que constantemente le mantenía apartado de los puestos de primera línea. Cierto que en el tiempo que serví a sus órdenes, nunca le escuché dirigirse a la tropa a la voz de «¡¡Sígueme!!», sino con el más genérico «¡¡Adelante!!»; pero no es menos cierto que llegado el momento, supo permanecer al lado de sus tropas, cosa que no hizo el tan laureado Numonio Vala. En cualquier caso, no adelantemos acontecimientos.

Sería en aquella misma sala donde conocí a los tres hombres que más iban a influir en mi más inmediato futuro. Uno era el Legado Cayo Cejonio, quien estaba flanqueado a su diestra por el médico castrense, Aulo Negidio. Ellos fueron los encargados de decirle mi nombre al Pretor Varo, quien inmediatamente estrechó mi brazo y mandó que trajesen una copa de vino con la que aliviar la sequedad de mi abigarrada garganta.

El Legado hizo entonces ostentación de su fluida retórica al ensalzar mis virtudes guerreras delante de todos los presentes. Precisamente entre ellos, había un individuo que destacaba sobre los demás, y no solo por su estatura. Los seis pies que distan desde mi cabeza al suelo hacen que no me considere lo que se dice «pequeño», si bien aquel hombre me superaba por varios palmos. Pero como ya he reseñado, no era su tamaño lo que más imponía, sino la forma escrutadora en cómo me observaba. Sus ojos no parecían humanos, sino más propios de un depredador. Desde ese primer contacto, tuve claro que no hacía otra cosa que evaluarme, como buscando hacerse una idea clara sobre la clase de persona que tenía delante. Casi le podía escuchar preguntándose si verdaderamente representaba una amenaza para él, o no era más que un simple loco a quien los dioses habían bendecido con su manto protector durante aquella jornada.



—Os presento a Arminio —dijo el Pretor extendiendo la mano hacia su acompañante, como si pudiera percibir ese choque que se había producido entre nosotros y que parecía trascender lo puramente corpóreo—. Es mi jefe de exploradores, y al igual que sucede con vos, también pertenece al orden de los *équites*.

—¡Vaya! —respondí con más determinación de la que realmente sentía—. A primera vista hubiera dicho que se trataba de un *auxilia*.

—Que no os engañe su aspecto —continuó Varo de buen humor—. A pesar de su larga cabellera dorada, de la barba que cubre su rostro y de que no vista uniforme ni loriga, Arminio es tan ciudadano romano como vos y yo mismo. Pero en una cosa lleváis razón, y es que por sus venas corre la sangre de un príncipe querusco.

»Él es lo más parecido a un hijo que nunca tendré; y si no fuera porque su verdadero padre me recuerda constantemente que le fue arrebatado en condición de rehén, hace tiempo que llevaría el nombre de mi familia —mientras hablaba, le dio al gigante una palmada afectuosa sobre la descomunal musculatura de su pectoral izquierdo.

Volví a mirar entonces hacia Arminio, quien ahora parecía esbozar una especie de sonrisa que me resultó tan desconcertante como burlesca. En cualquier caso, y dada la relación que le unía con mi superior, guardé silencio.

—Cejonio dice que no solo os habéis batido con inusitado valor, joven Casio —continuó Varo con su discurso—, sino que también demostrasteis un inusual sentido de orientación que permitió a vuestra cohorte reagruparse sin permitir que el enemigo pudiera causaros el menor daño.

—Posiblemente, ese sea el mejor legado que me transmitió mi padre.

—¿A qué os referís? —el gesto demostraba el desconcierto que sentía en ese momento mi interlocutor—. Creo hablar por todos los presentes a la hora de poner de manifiesto que no acabo de comprender vuestras palabras.

—Disculpadme, Pretor —contesté de inmediato—. Nada más lejos de mi intención que perderme en circunloquios. Mi progenitor siempre quiso que el día de mañana yo pudiera acceder a las más altas magistraturas, y aunque desde muy temprana edad expresé mi intención de ingresar en la milicia, cosa que a él no le disgusta, considera que esta es una mera etapa en mi desarrollo.

»Me hizo estudiar aritmética, gramática, historia y geografía, pero dado que siempre demostré esa tendencia hacia la disciplina marcial, se empeñó en que aprendiera de memoria uno de los textos clásicos que para él era

decisivo. Y no me refiero a la GUERRA DE LAS GALIAS del divino César, sino a la ANNÁBASIS.

—No es mala elección —dijo Cejonio tomando nuevamente la palabra.

—A fe mía que no —asintió Quintilio Varo con un gesto favorable—. Aunque muchas de las proezas que narra Jenofonte parecen destinadas a entretener al público, cuando no a vanagloriarse a sí mismo.

—Pudiera ser —admití—. Pero estaréis de acuerdo conmigo en que su hazaña resulta de lo más meritorio. No quiero ni imaginar lo que sería de muchos de nosotros en caso de vernos en su misma situación. Un ejército extranjero, en medio de territorio hostil y apoyando al aspirante que acaba de morir en combate. Lo normal es que hubieran sido masacrados sin poder abandonar siquiera el campo de batalla. Sin embargo, su general supo guiar a los supervivientes de tal manera que pudieran retirarse de forma ordenada no solo en ese primer momento, sino a través de vastas llanuras, rudas estepas y escarpadas colinas hasta alcanzar de nuevo la patria.

»Creedme si os digo que llegué a odiar aquel texto, a su autor, y a todos los personajes que desfilan por la obra. Fueron horas y horas de traducciones que me llevaban al borde de la extenuación, hasta el punto de que más de una noche desperté sudoroso entre alaridos y hablando griego como un hoplita más. Aunque yo no podía comprenderlo en su momento, esa era la finalidad. La ANNÁBASIS está hoy tan firmemente arraigada en mi mente, que reproduzco las técnicas del general ateniense de forma instintiva.

—Asombroso —dijo el Pretor con indisimulada admiración.

—Y también cruel —ahora fue Aulo Negidio quien tomó la palabra.

—¿Por qué decís eso, buen amigo? —Varo se dirigía ahora con gesto animoso a su médico.

—Porque la mente no deja de ser como un campo de cultivo. Con la justa medida de riego y abono, nos proveerá de excelentes frutos. Pero si nos excedemos, el resultado será tan desalentador como el de quien se queda corto. Incluso entre aquellos que dedicamos nuestra vida al estudio, debemos hacer de vez en cuando un descanso, lo mismo que cuando una finca permanece en barbecho. Si nos empeñamos en forzar de manera continuada la explotación con la única guía de la codicia, lo más fácil es que se produzca un daño irreparable. Y bien es sabido que un terreno yermo no es de utilidad para nadie.

—Escuchándoos siempre llego a la misma conclusión. ¡Qué gran filósofo y asesor dejó marchar el *Príncipeps* de su lado!

—Me temo, Pretor, que no acabáis de captar el trasfondo de lo que acabo de referiros. Con todo su poder, Octavio no hubiera podido retenerme en la corte contra mi voluntad. Y, por otro lado, quizá sea yo quien estoy tomándome un tiempo de descanso en vuestra compañía.

—Si no fuera porque hace muchos años que nos conocemos, interpretaría vuestras palabras como una muestra de insubordinación y desprecio.

—Pero como me conocéis muy bien, ya sabéis que no es así —sonrió el cirujano con un gesto amable—. Y otra cosa. Para nada hay desprecio en mi labor. Soy uno más en este acuartelamiento, y de la misma manera que me preocupo por mantener sanos a todos y cada uno de los legionarios; si toca empuñar las armas, lo hago con total dedicación.

—Doy fe —se adelantó Cayo Cejonio en defensa de su amigo.

—No tenéis que convencerme de vuestras virtudes —hubo de admitir Varo—. Sé que ambos daríais la vida por Roma sin pestañear. Y por lo que veo, ahora tenemos delante a un nuevo líder natural. Casio Querea.

»Hijo, si te mantienes a la vera de estos dos grandes hombres, sin duda aprenderéis mucho más que con esos escritos que os obligaba a recitar vuestro padre, ya que como habréis podido comprobar, mi médico adolece de ese grado que implica un plus de severidad.

»De todas maneras, hay otra empresa que me gustaría encargáros, pues considero tiene una importancia determinante en vuestra futura formación como oficial.

—Estoy aquí para servirlos, Pretor —me apresuré a responder.

—Quiero que empieces a salir con Arminio y sus exploradores. Él ya ha recibido adiestramiento durante su estancia conmigo en Roma, pero creo que ambos aprenderéis mucho con lo que el otro pueda aportarle.

Como es natural, y por más que no se me estuviera dando una orden en toda la extensión del término, tenía claro que no podía negarme, así que me limité a aguardar silencio. Sí me sorprendió entonces el nuevo cruce de miradas que se produjo entre el príncipe querusco y quien te habla. Ahora él también estaba perplejo, y aunque intentaba disimularlo en presencia de su benefactor, volví a sentir ese brillo intenso que le confería a su expresión un aspecto marcado por la ira y el resentimiento.

—¿Tienes algo que objetar? —consultó Varo con aquel a quien consideraba como su hijo.

—Soy un soldado de Roma y vos mi superior —dijo Arminio con voz firme.